

La pequeña K (...)

Un caso así merece ser registrado.

S. Freud (9/5/1928)

El encuentro entre Lou Andreas Salomé y Sigmund Freud consolidó a comienzos de la década del veinte una amistad perdurable, sellada en la persona de Anna Freud. En efecto, Sigmund Freud sostenía en su amiga de Gotinga un ideal de feminidad que hubiese deseado para su hija, en particular cuando la soltería de ésta se le aparecía como la consecuencia del análisis que –contra sus propias reglas– condujo. Había analizado a su hija y enviaba dinero a Lou Andreas Salomé, una de las pocas que estaba en ese secreto y una de las que Freud deseaba para amiga de Anna, quien a su vez encontraba en Lou una *analista* de esa feminidad que parecía sacrificar a su padre.

Las biografías de Sigmund Freud, los escritos autobiográficos de Lou Andreas Salomé, abundan en referencias que ponen de manifiesto este nudo: Lou es ofrecida a la hija, Anna, como modelo de una feminidad que el “viejo padre” no parece haber encontrado en su mujer.

Ese circuito se anima, es encarnado, cuando a mediados de noviembre de 1927 Lou Andreas Salomé le escribe a Freud desde Gotinga: “Hace unos pocos días llegó aquí, enviada por us-

* Expuesto en la Sección Clínica de Buenos Aires (1993).

ted, toda una carga humana altamente bienvenida: madre, hija y también el papá K (...). Ahora los papás se han ido, la hija está bien alojada, y me dispongo a informar”.

En las cartas siguientes Freud llamará “K (...)” a la familia y Lou Andreas Salomé dirá “pequeña K (...)” para referirse a la hija. Lo que sigue es el caso que Sigmund Freud dice que merece ser registrado.

La primera hora

Lou Andreas Salomé acepta una conversación preliminar para que la madre pueda abrir su corazón, se dé a conocer mejor y *renuncie* a buscar información en su hija. A su juicio, la familia K (...) es “risueña y saludable”, sus miembros se tratan con amor y respeto y pertenecen a círculos católicos, contra los que se rebela un poco “la nueva generación”.

Lou Andreas Salomé habla de 7 hijos, pero después se nombra a cuatro hermanas y un hermano (sin que quede claro, en cuanto a la pequeña K (...), si es una de las cuatro o bien tiene cuatro hermanas).

El amor y respeto familiar le parecen importantes a Lou Andreas Salomé, tan importantes como para desear la curación de la hija y su retorno a la vida común. ¿Qué ocurre? La pequeña K (...) teme a los locales cerrados, a ser atropellada, a su permanencia al aire libre tanto como a ser encerrada. Es decir, que el espacio se ha vuelto acechante y cualquier *lugar* es bueno para ser víctima de un ataque.

Ella había sufrido un *atropello*, un *shock* que se apresura a comunicar, cuando diez años antes un médico extrajo sus amígdalas.

También la rectificación de su dentadura le había producido un efecto de atropello parecido y –observa Lou Andreas Salomé–

en sus fotos de niña aparece con cara asustada. Si bien fue *traviesa*, el regazo sigue siendo su asiento preferido y desde lactante, con dulzura y afecto, se deja *encerrar* en brazos.

Está el atropello de las figuras masculinas –en particular, esos médicos que luego serán privilegiados en sus relaciones amorosas– y el encierro de los brazos maternos. La posición de la pequeña K (...) es de atracción y rechazo: le atrae la “agresividad” de la actividad médica, pero se protege de esa atracción al comprometerse con un hombre indeciso, neurótico obsesivo maniaco –según Lou Andreas Salomé.

¿Qué tendencias, fantasías, acontecimientos violentos que implicaron al padre, transformaron su “impulsividad originaria” en una posición histérica?

Es la primera hora, la carta prosigue con especulaciones sobre problemas religiosos y concluye agradecida: “...por hoy sólo quiero darle las gracias por la familia K (...) que me envió”.

Enlazar, aislar

La respuesta de Freud elogia la capacidad de Lou Andreas Salomé para enlazar, a su vez que confiesa la alegría de aislar algo. Divergencia a propósito del humor, un enigma: por qué las mujeres aprecian menos el humor que los hombres.

Más que contra Dios –dice Freud– está contra la providencia y el “orden moral universal”. Hay más de una ilusión y para Freud son molestas las que contradicen la razón.

En cuanto a la familia católica, risueña y saludable, Freud comenta: “Me alegra saber que los K (...) fueron realmente a verla. No todas las flechas llegan a su blanco. Espero que esta vez no haya usted descuidado por completo sus intereses. No se lo quiero preguntar para no enojarme (...) Anna es magnífica, buena e intelectualmente independiente (...)”. La referencia a Anna

fue aislada de la pequeña K (...) por una referencia a Toller y otra a la propia madre de Freud.

La respuesta de Lou Andreas Salomé invoca el paso del tiempo y la renovación de las estaciones, antes de entrar a detallar el curso del análisis de la pequeña K (...) — "...que le debo a usted y que proporciona toda clase de alegrías".

Sorpresa: "Resultó de buenas a primeras una franca histeria, con el enlace típico con el padre, con estados de angustia con violencias y aniquilamientos, ante locales cerrados de los que uno no puede escapar, y ante miradas que se dirigen con sorpresa e indignación a nosotros...".

Los enlaces que realiza Lou Andreas Salomé incluyen un plural mayestático donde la pequeña K (...), ella misma y Freud navegan en el mismo barco, frente a miradas sorprendidas e indignadas. ¿Qué se podía esperar, cuando se conoce el secreto de Anna?: "Esperaba yo también inhibiciones en el curso de la vida erótica, pero, en lugar de esto, se puso de manifiesto que las experiencias amorosas, inclusive en su realización sexual plena, no sólo habían tenido ya lugar, sino que además se habían llevado obviamente a cabo con una capacidad de deleite, con una naturalidad y también con una entrega psíquica interior tales, con tal alegría y seriedad a la vez como sólo raramente suelen presentarse".

Si en los círculos de Freud creían —como creía el mismo Freud, por otra parte— que Anna no encontraba un hombre que sustituyera a semejante padre, la pequeña K (...) hace que Lou Andreas Salomé proponga lo opuesto: "Empecé a vislumbrar la solución del enigma al observar en qué grado *debían faltar* (sic, subrayado) a cada una de sus parejas, sin menoscabo de sus cualidades amables, justo aquellas cualidades que eran particularmente características del padre". Un hombre amable que *no* se parezca al padre, una mujer en el camino de Don Juan: "Esta diferencia del elegido con respecto al padre conducía a cambios,

pese a la sinceridad del afecto de ambos, inclusive a una especie de 'formación en serie', o, en todo caso, a cierto desenfreno, que formaba el contraste más violento tanto con la severidad de la educación católica como con la franqueza frente a los padres, muy respetados, y a los que sólo con mucho pesar les ocultaba algo".

Este desafío a los padres, a los valores católicos, tenía su contrapartida en el *miedo* que —enlazado con la regresión anal— se anudaba con el recuerdo de prohibiciones y mandatos de la infancia, con la figura del padre y con sus exigencias en relación con el comportamiento y los modales.

La pequeña K (...), que al comienzo sufría la doble perturbación de un atropello masculino y un encierro materno, aparece ahora en un desafío activo a los valores paternos y sufriendo el curioso síntoma de un miedo al flato que le impide estar en sociedad, por temor a ser traicionada a los ojos y los oídos de todo el mundo: "Pero lo más aterrador era el sentimiento vago de que *podría* eventualmente producirse y traicionarse también en esta forma, aunque con consecuencias aniquiladoras, lo más inaudito, lo más imposible, como tal vez por ejemplo, el incesto".

El *no* al padre, la búsqueda de hombres que carecieran de los atributos paternos, la elección de médicos que puedan atropellarla y la huida de los mismos en el personaje obsesivo, concluyen en la denuncia irrisoria del flato, que habla de la irrisión del padre mismo, puesto que el incesto aparece en los momentos en que se manifiesta su caída: "Este supremo deseo inconsciente la asaltaba con la mayor vehemencia al tocar música con el padre, en aquellos pasajes difíciles de los que uno ni otro estaban totalmente a la *altura*, lo que compensaban, sin embargo, con su temperamento igualmente furioso".

¿Dónde remitir este enlace particular? La pequeña K (...) recuerda una fuerte impresión causada por su padre, hombre severo en el decoro y las maneras, cuando al pasear por un bosque

fue él quien dejó escapar un flato y comentó a la familia que también los cervatillos lo hacían. La pequeña K (...) se asustó, percibió en esa brusca caída de la imagen del padre que nada era imposible.

Personas poco corrientes

Anna Freud, convertida en Antígona por el deseo de su padre, es lo opuesto a la pequeña K (...) asustada por el descubrimiento de un goce anal que comparte con el padre, y que muestra como muy frágil el ideal moral y estético de su alegre familia católica.

Freud aprovecha para burlarse de la satisfacción genital, no sin antes alentar el trabajo de su querida amiga de Gotinga: “Debiera ocurrir con mayor frecuencia que personas poco corrientes experimentaran y pudieran contar cosas poco corrientes, como le ocurre a usted ahora con su K (...). Tenemos aquí a un tal Dr. Reich, hombre joven y honrado, pero impetuoso y un poco maniático, que venera ahora en el orgasmo genital el contraveneno de toda neurosis. Tal vez podría aprender de su análisis de K (...) algún respeto frente a las complicaciones de lo psíquico. Tras la regresión anal de su paciente se encuentra ya su identificación al padre, y ¿tal vez detrás de ésta su complejo ciertamente considerable de masculinidad?”.

En este comentario y esta pregunta queda poco del arrebató y la sorpresa de Lou Andreas Salomé cuando descubrió que la pequeña K (...) tenía una sexualidad plena, con la realización de actos deleitosos y naturales, aunque la verdad es que Freud afirma –contra el actual y resignado canto a la impotencia generalizada– que la satisfacción genital es un hecho, pero que eso no resuelve la “complicación de lo psíquico” que se presenta en un síntoma.

Anna, la pequeña K (...), Lou Andreas Salomé, el Dr. Reich, Freud mismo, son personas poco corrientes. Como cualquiera de nosotros, por otro lado.

Lou Andreas Salomé se apresura a decir que, por supuesto, el complejo de masculinidad está ahí, como dice Freud, que no lo nombró por simplificar las cosas.

Peró no deja de rebelarse al decir que “la manera de ser, muy femenina de la muchacha” no percibió la diferencia entre uno y otro del sexo opuesto, y esto retornó como *venganza* en la neurosis. ¿No dice Lou Andreas Salomé que la pequeña K (...) padece las consecuencias de una *ordalia* inscrita en el orden familiar y social? En efecto, la pequeña K (...) detrás del temor al flato muestra la voluptuosidad (sic) de la ejecución de la cosa prohibida.

Existe la “libido de genitalidad” fijada al padre, “pese a que la rica naturaleza erótica pudiera permitirle otras parejas”.

¿Es esta diferencia en la *naturaleza erótica* lo que hace que la pequeña K (...), tan fijada al padre como Anna, pueda cambiar tanto de hombre como de satisfacción, disfrutando de su *no*?

Lou Andreas Salomé introduce, entonces, al hermano varón: “...aparece en K (...) un período perfectamente delimitado de travesura y de puerilidad durante la infancia, precisamente después del nacimiento tardío del primer hijo varón, a cuyo propósito los padres, después de cuatro hijas consecutivas, se alegraron enormemente. Sin embargo, lo operante en este comportamiento envidioso, celoso y de imitación de lo masculino proviene manifiestamente del ofendido amor hacia el padre, del afán de poseerlo, si no de modo receptivamente femenino, cuando menos de *este modo*; esto es, procede de la identificación...”.

Esto, dice Lou Andreas Salomé, se diferencia de otra salida, la de la muchacha que de modo algo invertido adhiere a la madre (... como ocurre con una hermana de la pequeña K (...), al parecer también como respuesta al nacimiento del hermano).

A los trece años la pequeña K (...) volvió a ser la muchacha dulce y cariñosa de la primera infancia, abandonando la conducta traviesa de la latencia. Se instaló entonces en una mezcla de adoración y miedo hacia el padre, cuya simple mirada podía hundirla en el terror y el llanto.

Por otra parte, nos enteramos de que los rasgos anales son compartidos por los demás hermanos y que las bromas escatológicas se hacen con la madre, quizás como una *venganza* por la severidad católica que condena los deseos genitales.

Nuevas conexiones

Lou Andreas Salomé es sorprendida por una nueva derivación de la pequeña K (...), que se desplaza de la oscuridad de sus temores anales a la luminosidad del mundo de la pintura, sin que sepamos como se realizó ese milagro.

Nos enteramos, en cambio, que Anna estaba al corriente al menos de los resultados del tratamiento de su pequeña otra, cuando Lou Andreas Salomé escribe: “Tal vez Anna le haya contado a usted que la pequeña paciente ha hecho brotar inconscientemente de su neurosis anterior y totalmente ignorada desde el punto de vista técnico— una pintora de fuerte personalidad”.

Sus dificultades para dominar el *dibujo de mano* condujo al “viejo tópico” del onanismo, con la culpabilidad relacionada con la ausencia (sic) de onanismo como un activo *no-estarle-permitido*.

La explicación de esta diferencia liberó una capacidad de creación que asombraron a un profesor, al punto de recomendarle que *se guarde* de aprender para conservar la originalidad.

Lou Andreas Salomé sorprende al decir que finalizado el análisis es interesante darse un tiempo para la conclusión definitiva: “...cuan importante puede ser, después de *terminado*, reservarse

un poco más de tiempo para recoger en cierto modo las espigas dispersas por el campo segado, en lo que resulta, en ocasiones, que se trata de gavillas enteras (...). Así, pues, el padre conmovido nos dejó un periodo complementario, el cual ha beneficiado también magníficamente a la disolución de la transferencia”.

Habrá tiempo para que vuelva a lanzarse el juego, puesto que unas cartas después Lou Andreas Salomé le adjudica a Freud una observación que ella hace sobre la conexión entre la serie de amantes y el temor al incesto, para contarle que su pequeña K (...) se apasionó por los peces de colores (=amantes) y soñó algo que remitía al momento en que nadaba con su padre.

Por este hilo del incesto, Lou Andreas Salomé es sorprendida una vez más cuando la pequeña K (...) le dice que en la infancia concluyó en que su padre era quien paría, que el pene era un niño y que la madre sólo producía excrementos. El padre con hemorroides, sentado entre dos sillas, era alguien que se preparaba para alumbrar.

Esto condujo a los hombres *femeninos* que le gustaban, a la manera de tratar con delicadeza el pene porque suponía que era doloroso para los hombres (envolvió un pene con algodón hidrófilo, lo acarició, lo imaginó vestido con un sombrero y volantes). Ahora el flato era un niño y su padre padecía de lo mismo. Sus flatos memoraban el pene del padre que ella había robado, con la consecuente impotencia de ese “hombre” que era de su madre odiada.

El último comentario de Freud: “Lo que usted dice de su pequeña K (...) es sorprendente. Me priva de la esperanza de encerrar jamás esta diversidad en un par de fórmulas”. Frente a la evidencia de su padre anal, impotente, feminizado, la respuesta es que la feminidad es *indecible* (ningún cálculo permite decidir sobre lo que existe entre padre e hija).

Las mujeres y las cosas

La realidad efectiva de las mujeres es la historia de las funciones cumplidas por la diferencia sexual, en tanto puede ser usada en la construcción de imágenes reguladoras, en la comunidad de los cuerpos creada por la nominación de una temporalidad.

Jacques Lacan advierte que es "...oportuno recordar que imágenes y símbolos *en* la mujer no podrían aislarse de las imágenes y de los símbolos *de* la mujer" (*Ecrits*, pág. 728). Sigmund Freud, por su parte, propuso que las imágenes de la mujer *simbolizan* la madre, la amada y la muerte. Simbolizan *para* un hombre, incluso podría decirse para el hombre que fue el soñante de esos tres cofres que se convierten en objetos de análisis de un artículo memorable.

Simboliza significa que la "realidad efectiva" será velada, que la diferencia sexual extrapolada en discurso se interpola en el lenguaje en la clasificación de los géneros según edades (niña, mujer, anciana). Y según funciones (novia, esposa, madre). En la elaboración de Freud el velo se llamó narcisismo y las interpolaciones y extrapolaciones *aparato psíquico*: "En lugar de las condiciones *a priori* de Kant, nuestro aparato psíquico. Psique es extensa, nada sabe de ello".

Este aparato que transforma el tiempo de los cuerpos, organiza su distribución en el espacio. La percepción es puesta en entredicho, la ausencia se instala en la presencia.

La diferencia sexual se convierte en contradicción, en tanto el símbolo marca con el valor negativo de la ausencia lo que se presenta a la percepción: la diferencia será, entonces, castración para un género y para el otro.

Pero es el término que carga con la ausencia –fuera de la ley de la presencia–, el que será llamado a encarnar en la maternidad la renovación de la presencia. Al menos, así es para Sigmund Freud: "Procuraremos, pues, situar el sueño de la inyección de

Irma como una etapa en el desarrollo del *ego* de Freud –dice Lacan–, *ego* que tiene derecho a un respeto particular, porque es el de un gran creador en un momento eminente de su capacidad creadora. Hablando con rigor, no se puede decir que se trata de un falso ideal. Indudablemente, debe haber una psicología del creador. ¿Pero es acaso ésta la lección que tenemos que extraer de la experiencia freudiana y, en particular, si la examinamos bajo la lupa, de lo que acontece en el sueño de la inyección de Irma?". La respuesta es no, no se trata del *ego de los ideales* sino de la verdad de Sigmund Freud, de su lugar en el discurso que profiere, del *je* que descubre en el sueño la realización del deseo (Jacques Lacan, Seminario II, pág. 226).

Y el deseo de Sigmund Freud, en su infatigable realización, avanza en la interrogación de la Medusa. Me informo, al pasar, que *Médougl* es la forma femenina del participio presente activo de *Médu* (*médo*, que es medir, regular, contener en la medida justa, también cuidar, proteger, gobernar). Si la diferencia se ha vuelto castración en la imagen, el símbolo introducirá la medida, el gnomón, en el término falo.

Las imágenes representan a la Medusa como una cabeza decapitada, ya está muerta cuando es elevada a la dignidad de objeto artístico, es la Gorgona, el símbolo de la mirada *fascinante*. Sabemos por Freud que el terror en el arte no es el terror en la vida, de manera que esta imagen, esta cabeza cortada con tantas serpientes "como fue negada la castración", fue medida con el falo.

Ovidio explica de qué manera Perseo había contemplado la imagen reflejada en el escudo que blandía con la mano izquierda; y mientras un profundo sueño se apoderaba de las serpientes, le desprendió de un golpe la cabeza del cuello.

Freud, como Perseo, mira la garganta de Irma mediante el reflejo que produce el saber médico: "Debido a su renuencia a abrir la boca, esta misma Irma pasa a aludir a otra señora que yo

examiné una vez, y además, en el contexto, a mi propia mujer”. Las imágenes que se refractan en este escudo son múltiples: “En la medida en que Irma presenta una placa diftérica que me lleva a recordar el cuidado que me inspiró mi hija mayor, ella figura también a esta hija mía, tras la cual, enlazada por la identidad del nombre, se oculta la persona de una paciente que murió por intoxicación” (Freud, *O. C.*, T. 4, pág. 299, Ed. Amorrortu).

Fascinado por la garganta –en el sentido de paralizado, como James Joyce por Dublín– Freud hace de *Irma* la imagen de acumulación (*Sammelbild*) de una serie de mujeres sacrificadas (sic) por esa misma operación, para enfrentar el delicado equilibrio entre rivales y aliados que aparecen en el sueño: “Por un lado tenemos un grupo de representaciones en torno de mi amigo Otto, quien no me entiende, no me da la razón y me obsequia un licor que hiede a amilo; por el otro, y ligado por oposición, el de mi amigo de Berlín, quien me entiende, me daría la razón y a quien debo tantas comunicaciones valiosas, también sobre la química de los procesos sexuales” (Idem, pág. 301). Y poco después dice Freud: “...invoco rasgo por rasgo al amigo contra el opositor”.

La acumulación llamada Irma realiza otro deseo: Freud siempre *tendrá...* imágenes para cubrir esa garganta, Freud siempre *tendrá...* aliados contra rivales y rivales que justifiquen sus alianzas: “Las palabras son manejables por el sueño con la misma frecuencia que las cosas...”.

Las referencias a la pequeña K (...) se encuentran en las cartas que intercambian S. Freud y Lous Andreas Salomé entre mediados de noviembre de 1927 y comienzos de mayo de 1930. Véase Freud-Salomé: *Correspondencia* (Ed. Siglo XXI, México, 1968).